

El puma escoge su escondrijo según la configuración del país. En las regiones pobladas de bosque, prefiere la selva al llano, sobre todo los últimos linderos del bosque, cubiertos de altas yerbas.

Azara, que cazó varias veces el puma en las Pampas de Buenos Aires, afirma que, desprovistas estas pampas de árboles, el jaguar se ocultaba en los *pajonales*, sin introducirse jamás en las cavernas; pero que en el Paraguay subían con pasmosa facilidad de un solo brinco á los árboles más elevados y rectos, diferenciándose del caguar que sube y baja á la manera de los gatos y escoge los árboles algo inclinados.

El puma evita generalmente pasar largo trecho junto á la orilla de los ríos y torrentes, al igual que las comarcas sujetas á frecuentes inundaciones. No nos sorprende y admira, pues, que el puma, que muestra tal desvío hacia el agua, evite el pasar á nado de una á otra orilla, y sólo lo verifica forzado por la necesidad, apesar de que nada admirablemente.

El caguar no tiene morada ni guarida fija; suele pasar el día durmiendo bajo los árboles en los bosques, ó bien escondido entre grandes herbáceas; y durante la noche sale de caza, recorriendo, en una de sus excursiones, muchas leguas en una sola noche, de suerte que los cazadores que van en busca de la fiera pocas veces la hallan en los alrededores del sitio en que acaba de arrebatar una presa.

Raro es que el puma permanezca algún tiempo en un mismo sitio; pues, obedeciendo á su instinto vagabundo y aventurero, suele errar sin reposo de una á otra región. El puma es tan ligero que da saltos de 6 metros 50 y aun mayores. Su ojo, tranquilo y grande, no refleja ferocidad. Ve mejor de noche, y durante el crepúsculo vespertino, que durante el día, pero la luz del Sol no le deslumbra. Su olfato es débil y pobre, pero en cambio su oído es por extremo sutil y fino.

El puma, ya lo hemos dicho, no es un animal muy fiero, y sólo en último extremo muestra valor; no es extraño, pues que, huya, por punto general, de los hombres, y aun de los perros. En cambio, el caguar, ante los

animales inofensivos y débiles se muestra más cruel que el resto de los felinos del Nuevo Mundo.

Proporcionan al puma abundoso alimento multitud de pequeños mamíferos: los *cuatis*, *agutis*, *pacos*, corzos, chivos, terneros y terneras. Los monos, á pesar de su viveza, y los avestruces á pesar de su rápida carrera, no están libres de los ataques del puma, que señorea lo mismo en los árboles que en el suelo de algunas comarcas de la América del Sud.

Difícil es poder ser espectador de las algaradas del puma entre la fauna americana, pues es tan sutil el oído del caguar que nota la presencia del hombre y escapa velozmente. El puma se aproxima á su presa cautelo-

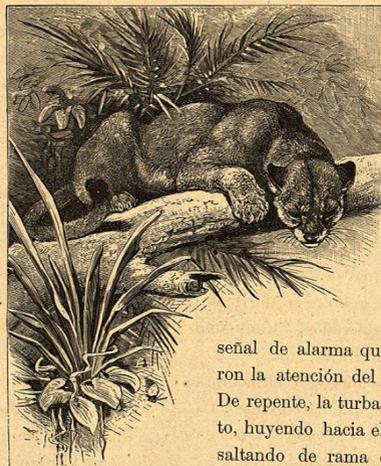
samente y arrastrándose de igual suerte que los gatos, y cuando se halla cerca de su víctima da un terrible salto, cayendo sobre ella. Ofrece mayor dificultad el poder observar la caza que hace el puma, porque suele realizarlas de noche, y es poco prudente ir entonces en su busca.

Cazaba un día Reugger, cuando tuvo la fortuna de asistir á una de las correrías del puma. El grito aflautado,

señal de alarma que lanzaron algunos monos, llamaron la atención del naturalista, que preparó su fusil. De repente, la turba de monos lanzó gritos de espanto, huyendo hacia el lado en que se hallaba Reugger, saltando de rama en rama y de árbol á árbol con la más pasmosa ligereza. Los gritos quejumbrosos que exhalaban, y sobre todo los excrementos que expelían era señal manifiesta de su inmenso terror. Un caguar les perseguía dando saltos de 5 metros á 5'50, deslizándose con increíble rapidez por entre las ramas entrelazadas y la multitud de enredaderas que formaban espesísimos cortinajes de verdura.

El puma, al coger á su presa, abre la garganta y chupa con avidez la sangre de su víctima antes de devorarla. Se come á los pequeños animales enteros, y, por lo que atañe á los mayores, devora sólo una parte generalmente, la anterior, y sepulta el resto entre pajas, hojas ó arena.

Saciado el puma, se retira en algun lugar oculto y misterioso, y allí se entrega al sueño y descanso, y es bien raro que permanezca cerca del lugar donde ha realizado su proeza, pues suele alejarse de él cuando menos media milla. Á la noche siguiente, si el puma no



El puma

ha conquistado una nueva víctima, entonces vuelve junto á los restos del festín de la víspera; pero no es ocioso hacer notar que el caguar no prueba jamás carne en estado de putrefacción.

La afición del puma á la sangre de sus víctimas produce grandes hecatombes de animales domésticos. Un puma, durante una sola noche, degolló diez y ocho chivos, contentándose con chupar ávidamente su sangre. Al día siguiente unos cazadores lo mataron en la selva vecina. Su estómago, repleto de sangre, no contenía la más pequeña partícula de carne. Afirman algunos que, cuando el puma se ha saciado de sangre, suele, contra su costumbre, no alejarse del lugar de sus hazañas, y se entrega tranquilamente al reposo. Jamás arrastra á su presa lejos del sitio en que la ha muerto. Los caballos, mulos, toros y vacas no son atacados por el puma.

El caimán es uno de los más encarnizados enemigos del caguar, y una lucha entre estos dos animales ofrece un interesante espectáculo. El puma, que conoce el sitio vulnerable del caimán, hunde sus garras en los ojos del reptil; y éste, arrastrando al felino, le sumerge en el agua, y el puma, antes que abandonar á su presa, perece ahogado.

La época del celo para el caguar de la América del Sud tiene lugar en los meses de Febrero ó Marzo; durante el resto del año viven separados, y cada uno busca el sustento sin cuidarse de su compañero.

La gestación suele durar tres meses, y la hembra pare dos pequeños, rara vez tres, que nacen ciegos. La hembra oculta sus cachorros entre las altas yerbas en la espesura, y algunas veces en el carcomido tronco de algún gigantesco árbol, y vela sobre su prole, bien que se aleja á menudo para procurarles el sustento. No llega el valor de la hembra hasta el extremo de defender sus cachorros de los hombres y de los canes, antes bien huye vergonzosamente de ellos. Los pequeños, al cabo de algunas semanas, acompañan á su madre, y cuando se hallan algo fuertes y vigorosos se dispersa la familia, vagando cada uno por su lado.

## II

La prolija enumeración de los rasgos más salientes del caguar habrán convencido á nuestros lectores que, si no es un animal terrible para el valeroso cazador acostumbrado á la caza de las feroces alimañas que

vagan por África y Asia, es, sin embargo, un animal que causa grandes perjuicios y destrozos por su instinto sanguinario y cruel.

No es extraño, pues, que en los sitios donde abundan los pumas sean éstos activamente perseguidos.

La caza del puma ofrece pocos peligros, por poco precavido que sea el cazador. Al divisar el caguar á un hombre, pone al instante los pies en polvorosa, desapareciendo rápidamente. Difícil es realizar el ojeo del puma en el corazón de la selva, porque, así que revelan su presencia los canes, brinca sobre un árbol, y prosigue velozmente su camino á través del ramaje.

El momento más fácil para cazar al puma, es sorprenderlo con auxilio de los perros cuando se halla entregado al descanso. Forzado, entonces, á la lucha, procura defenderse, pero casi siempre en balde por poco que los perros sean grandes, fuertes y bien amestrados. Por otra parte, los cazadores, mientras los perros se lanzan sobre el puma, pueden hundir la pica ó la lanza en el corazón de la fiera, ó alojar una bala en su cabeza.

Los gauchos, estos soberbios caballeros de las estepas ó pampas del Plata, muestran extremada afición á la caza del puma. Lanzan sobre él grandes perros, y mientras éstos tienen cogido al felino, los cazadores le matan con singular destreza con sus bolas de metal; otras veces persiguen al puma montados en ligerísimos corceles, le echan con imponderable destreza el lazo alrededor del cuello, y, poniendo sus caballos al galope, arrastran así al caguar, estrangulándolo.

En la América del Norte los perros obligan ordinariamente al puma á subir sobre un árbol, y allí dispara el cazador.

Un viajero inglés, que cazaba patos salvajes en las pampas, se arrastraba cautelosamente por el suelo, armado de un ligero fusil. Á fin de no ser visto por las aves acuáticas, había envuelto el cuerpo y la cabeza con el popular *poncho*. De repente oyó un breve rugido y notó que le tocaban. Despojóse rápidamente del *poncho* y vió con singular sorpresa un caguar. El puma no experimentó menor sorpresa que el cazador; miróle un instante, retrocedió lentamente unos diez pasos, se paró después un instante y emprendió la fuga dando prodigiosos saltos.

En las provincias de San Luís y de Sierra de Mendoza, Goring vió multitud de cabezas de puma clavadas en las cercas exteriores de los sitios en que se encerraba durante la noche al ganado; eran sangrientos trofeos puestos allí para alejar á los pumas, á la manera como en otros siglos se clavaba la cabeza de los ban-



LOS PUMAS TROCADOS EN CAZADORES, POR SPECHT.